

Francisco A. Encina

La entrevista de Guayaquil

1. Bolívar y San Martín coinciden en la necesidad de unir sus fuerzas para alcanzar la independencia del Perú.—2. Complicaciones surgidas de los intereses encontrados del Perú y de Colombia en Guayaquil—3. La entrevista de Guayaquil.—4. Lo tratado en las conferencias secretas entre el Libertador y el Protector.—5. Epílogo epistolar y móviles a que obedeció el alejamiento de San Martín.

Fuentes contemporáneas: Lecuna, Cartas del Libertador; Documentos del archivo de San Martín; Pérez, José Gabriel, Memoria; Lafond de Lurcy, Voyages autour du Monde; Espejo, Recuerdos históricos, San Martín y Bolívar, Entrevista de Guayaquil; Vicuña Mackenna, El general San Martín (Documentos); Museo Histórico Nacional, San Martín, su correspondencia.

1. BOLÍVAR Y SAN MARTÍN COINCIDEN EN LA NECESIDAD DE UNIR SUS FUERZAS PARA ALCANZAR LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

La entrevista de Guayaquil pasó por dos etapas muy definidas. La iniciativa partió de Bolívar. Al día siguiente de Carabobo, sintió la tentación de proseguir al Perú. Lo empujaban en esta dirección su sed insaciable de gloria y el convencimiento de que, si los españoles duraban en el Perú, el sur de Colombia se arruinaría con el peso de las guarniciones que sería necesario mantener. El día 16 de agosto de 1821, escribió a Santander

desde Tucuyo: «Pero cuidado, amigo, que me tenga Ud. adelante 4 ó 5,000 hombres para que el Perú me dé dos hermanos de Boyocá y Carabobo. No iré si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, sino es como corresponde al hijo predilecto. Repito que mande Ud. todo lo que tengo al sur, para que allí se forme lo que se llama un ejército libertador» (1).

Hacia esa fecha Bolívar creía que San Martín contaba con fuerzas suficientes para consumir por sí solo la independencia del Perú. Pero, naturalmente, con su cooperación, el tiempo y los sacrificios se reducirían mucho. La tarea que para un libertador era de años, para ambos combinados sería de meses. Para tantear el terreno y cerciorarse de si San Martín aceptaría o no su concurso, le escribió desde Trujillo el 23 de agosto de 1821: «Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fué V. E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos. V. E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra. ¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú; pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aún a mirarlo» (2).

El mismo día enviaba al gobierno de Chile el siguiente oficio: «Desde el momento en que la providencia concedió la victoria a nuestras armas en los campos de Carabobo, mis primeras

(1) Lecuna, Cartas del Libertador, T. II, p. 374.

(2) Lecuna, Cartas del Libertador, T. II, p. 380.

miradas se dirigieron al sur, al ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuántas cadenas encuentre en los pueblos que gimen en la América meridional. En marcha para tan santa misión, dirijo a mi edecán el coronel Ibarra cerca de S. E., el general San Martín, para que se sirva tener la bondad de facilitar los medios de reunir los ejércitos de Colombia con los de Chile. Dondequiera que estos hermanos de armas reciban los primeros ósculos, allí nacerá una fuente de libertad para todos los ángulos de América. Dígnese V. E. prestar su protección a esta empresa bienhechora, y todos nuestros hermanos serán para siempre libres» (3).

En estos momentos, como lo manifiesta la carta a Santander de 16 de agosto, Bolívar desea pasar personalmente al Perú, con un ejército que no desdiga del de San Martín y que le permita alcanzar victorias ruidosas. Su pensamiento es combinar la acción de ambos libertadores, mandando cada cual sus fuerzas, para concluir rápidamente con los españoles, o sea, lo mismo que once meses más tarde le propondrá San Martín en Guayaquil.

La situación del Protector era muy distinta de la que imaginaba Bolívar. Al emprender la expedición libertadora del Perú, había creído encontrar en los diversos elementos sociales de este país, que desconocía, las mismas disposiciones sentimentales que en Chile. Los patriotas le aseguraban que, apenas el ejército chileno-argentino pasara al virreinato, el pueblo se pronunciaría en masa por la independencia. Pero la realidad no había correspondido a estas esperanzas.

La estructura social del Perú, su pasado colonial, la incoherencia de sus diversas secciones y otras causas que no es este el momento de recordar, orientaron la reacción de la mitad o más de las fuerzas vivas del país hacia España, tal como había ocurrido en Chile durante la primera dictadura de Carrera. También

(3) Lecuna, *Cartas del Libertador*, T. II, p. 362.

lo mismo que en Chile de 1810-1814, la ausencia del sentimiento adulto del patriotismo, unido al escaso espíritu militar del bajo pueblo de la costa, no permitía la formación de una fuerza disciplinada y eficiente, capaz de concluir con los ejércitos españoles que dominaban en el interior. La guerra del Alto Perú, las expediciones contra Chile y la misma campaña de San Martín habían quebrantado la vitalidad económica. La guerra civil, desencadenada ahora en la propia casa, pronto determinó un profundo malestar económico, que, como ocurrió en 1814 en Chile, disipó el entusiasmo revolucionario de los primeros días.

Nada debía esperar el Protector de las Provincias Unidas. El país, agotado por las largas y duras campañas de Montevideo y del Alto Perú, por los sacrificios de todo orden que le impuso la organización del ejército de los Andes, y por la anarquía que devoraba sus entrañas, no podía desplegar un nuevo esfuerzo. La misma concepción libertadora del Perú atravesaba por una crisis. Nunca había trascendido más allá de Pueyredón y su círculo. Sólo la historia logró transfigurarla en sentimiento nacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Así es que el entusiasmo que despertaron las victorias de Chacabuco y Maipo quedó sepultado, casi al día siguiente, por las preocupaciones de orden interior, apenas cambió el gobierno.

Chile, también sumergido en la miseria y sangrando de hombres por las desastrosas campañas de Carrera; por los recursos que consumió el gobierno español durante la reconquista; por la lucha contra las guerrillas realistas del sur; y por el esfuerzo excesivo para su potencialidad que le demandó la expedición libertadora, tampoco estaba en condiciones de hacer un nuevo esfuerzo capaz de poner término a la guerra de la independencia del Perú.

Sin embargo, San Martín, desorientado sobre lo que ocurría en la Argentina y confiando en exceso en la potencialidad chilena, pidió auxilios a ambos pueblos. Envio al primer país a don Antonio Gutiérrez de la Fuente con el encargo de ponerse al

habla con algunos gobiernos provinciales y con el de Buenos Aires. Pero el nuevo gobierno de «Las Provincias Unidas», estaba empeñado en pactar la paz directamente con España; y nada quería saber de San Martín ni del Perú. Se negó a recibir a de la Fuente en el carácter de agente diplomático oficial, y el 27 de agosto de 1822, Rivadavia le ofreció pasaporte para regresar a Lima «cuando lo tuviera por conveniente».

Al mismo tiempo, el doctor don José Cabero y Salazar, acreditado como representante del Perú ante el gobierno de Chile, pedía al director supremo víveres para 2,500 hombres durante seis meses y el auxilio de una división. Haciendo un supremo esfuerzo, O'Higgins pudo despachar los víveres, y organizar un escuadrón de caballería de 400 hombres, a cargo del teniente coronel don Francisco Ibáñez, que debía llegar al Callao sólo el 14 de noviembre de 1822. Para completarlo, le había sido necesario enrolar los desertores, los vagos y los reos de delitos leves.

Se ha creído que San Martín confiaba en el auxilio argentino-chileno. En realidad, sólo lo solicitó, por cumplir con el deber de tocar todos los recursos. Sus ojos se habían vuelto hacia el norte aun antes de recibir la carta del Libertador. La campaña victoriosa de Bolívar se acercaba a su término; y los ejércitos de Colombia iban a quedar en situación de proseguir al Perú para sellar pronto la independencia definitiva de América. «Preveía—dice Lafond, que en esta parte escribió bajo el dictado de San Martín—la imposibilidad de concluir pronto la guerra sin el auxilio de las fuerzas colombianas» (4).

No sólo estaba, pues, resuelto a aceptar la cooperación que Bolívar le ofrecía espontáneamente, sino que, a fin de apresurar el término de la campaña de Quito y de corresponder a tan generosa oferta, envió en auxilio de Sucre una división de 1,600 hombres, que permitió a este general ganar la victoria de Pichincha, (24 de mayo de 1822).

(4) *Voyages autour du Monde*, T. II, p. 136.

Al imponerse Bolívar de que San Martín había aceptado su concurso, volvió a escribir a Santander, desde Cali, el 7 de enero de 1822: «Ud. verá por las comunicaciones lo que dice el general San Martín al general Sucre. Parece que este general no repugna los auxilios que le he ofrecido de tropas de Colombia; *lo que prueba que los enemigos son fuertes, por lo menos*» (5).

San Martín creyó que lo más práctico, para concertar los esfuerzos de Bolívar con los suyos, era tener una entrevista. En el preámbulo del decreto en que delegó el mando en Torre Tagle (19 de enero de 1822) decía:

«Voy a encontrar en Guayaquil al libertador de Colombia»... «Los intereses generales de ambos estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido, en alto grado, responsables del éxito de esta sublime empresa». Poco después de despachar la expedición a Ica, el 8 de febrero de 1822, se embarcó en el Callao, con el propósito de juntarse con Bolívar en Guayaquil. En Huanchaco se impuso de que el Libertador estaba aún en Quito y de que por el momento, no bajaría a aquella ciudad. Regresó a Lima el 3 de marzo, para continuar dirigiendo la guerra, sin reasumir el gobierno civil. La entrevista quedó momentáneamente aplazada.

2. COMPLICACIONES SURGIDAS DE LOS INTERESES ENCONADOS DEL PERÚ Y DE COLOMBIA SOBRE GUAYAQUIL

En el corto intervalo que medió entre la tentativa frustrada que acabamos de referir y la entrevista de Guayaquil, hizo crisis el conflicto entre las aspiraciones peruanas y colombianas sobre esta provincia. Para darse cuenta de este incidente, que influyó en el desarrollo y desenlace de las conferencias de Guayaquil,

(5) Lecuna, *Cartas del Libertador*, T. III, p. 7.

aunque por otro costado del que se ha supuesto, es necesario retroceder en el tiempo. Como se sabe, el 19 de octubre de 1820 se constituyó en Guayaquil una junta de gobierno formada por el ilustre poeta y político don José Joaquín de Olmedo, don Francisco Roca y el coronel don Rafael Jiménez, presidida por el primero. El desideratum de esta junta era hacer de la provincia un estado independiente. Creó bandera propia y organizó una fuerza de 1,400 soldados de línea y 2,000 milicianos. El anhelo era compartido por la mayoría de los habitantes; pero no faltaban partidarios decididos de la incorporación a Colombia o al Perú. Como en la mayoría de los países hispano americanos, el sentimiento de la nacionalidad estaba en embrión; aun no se había transformado en una idea fuerza política. Así es que la masa de los guayaquileños era un campo propicio para el desarrollo de los esfuerzos del Perú y de Colombia encaminados a incorporarlos a sus respectivas nacionalidades, o, a lo menos, a su zona de influencia. Las actividades habían empezado aun antes de alcanzar estos países su emancipación definitiva.

Los peruanos querían la incorporación de Guayaquil; pero, comprendiendo que Bolívar no lo permitiría, se conformaban con afianzar la independencia de la provincia, que la convertía de hecho en una especie de protectorado del Perú. San Martín, según vamos a ver, adoptó como desideratum la autodeterminación de los habitantes. Esta actitud decidió a la junta a echarse en sus brazos y a solicitar su apoyo para mantener la independencia. Con este motivo, acreditó, el 9 de noviembre de 1820, como agente confidencial, al coronel don Tomás Guido; y envió al general don Toribio Luzurriaga para que tomara el mando de las tropas. Poco después, a pedido de la misma junta de Guayaquil, fueron algunos oficiales argentinos como instructores. Más tarde, el 23 de agosto de 1821, contestando una nueva nota de la junta y aludiendo a una anterior suya, le decía: «Mi grande anhelo era entonces y nunca será otro que ver asegurada su independencia bajo aquel sistema de gobierno que fué proclamado por

la mayoría del pueblo» ... «Por lo demás, si el pueblo de Guayaquil espontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito, o prefiere su incorporación al Perú, o si, en fin, resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política que ella misma se coloque» (6).

Por su parte, Bolívar había acreditado, primero, al general Mosquera y, después, al general Sucre, como agentes en Guayaquil; y conferenció él mismo con Olmedo. Y refiriendo a Santander esta conferencia le informa, que le ha notificado: «que por las tropas de Colombia ha conservado su libertad Guayaquil, pues de otro modo, en manos débiles y sin energías, y divididas las opiniones, la habrían ocupado los españoles; que Colombia no perderá el fruto de sus sacrificios, ni permitirá, en agravio de sus derechos, que Guayaquil se incorpore a ningún otro gobierno, pues en América no hay poder ante el cual ceda Colombia; que esperaba que antes de ir yo, se declararan por nuestro gobierno, pues no era ni justo ni decoroso el que yo fuera a un país extraño etc. y otras muchas de que no me acuerdo».

«Al general Sucre le digo que obre con energía; que pida cuanto necesite, y si no se lo dan, que lo tome; que pida el reconocimiento del gobierno de Colombia; y que, por ningún caso, permita que Guayaquil se incorpore a otro gobierno» (7).

La junta de Guayaquil, al sentirse presionada por Bolívar, recurrió, nuevamente, a San Martín. El Protector tomó pie de esta solicitud y de la carta de Bolívar que acabamos de transcribir para plantearle su punto de vista. En carta, datada en Lima el 3 de marzo de 1822, le dice: «Por las comunicaciones que en copia me ha dirigido el gobierno de Guayaquil, tengo el sentimiento de ver la intimación que le ha hecho V. E. para que aquella provincia se agregue al territorio de Colombia. Siempre he creído que,

(6) Documentos del Archivo de San Martín, T. VII, p. 432.

(7) Lecuna, Cartas del Libertador. T. III, p. 6.

en tan delicado negocio, el voto espontáneo de Guayaquil sería el principio que fijase la conducta de los estados limítrofes, a ninguno de los cuales compete prevenir por la fuerza la deliberación de los pueblos. Tan sagrado ha sido para mí este deber que desde la primera vez que mandé mis diputados cerca de aquel gobierno, me abstuve de influir en lo que no tenía una relación esencial con el objeto de la guerra del continente».

«Si V. E. me permite hablarle en un lenguaje digno de la exaltación de su nombre, y análogo a mis sentimientos, osaré decirle que no es nuestro destino emplear la espada para otro fin que no sea el de confirmar el derecho que hemos adquirido en los combates para ser aclamados por libertadores de nuestra patria. Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambos. Yo no puedo ni quiero dejar de esperar que el día en que se realice nuestra entrevista, el primer abrazo que nos demos transigirá cuantas dificultades existan, y será la garantía de la unión que ligue a ambos estados, sin que haya obstáculo que no se renueva definitivamente. Entre tanto ruego a V. E. se persuada de que la gloria de Colombia y la de Perú son un solo objeto para mí, y que apenas concluya la campaña en que el enemigo va a hacer el último experimento reuniendo todas sus fuerzas, volaré a encontrar a V. E. y a sellar nuestra gloria que en parte ya no depende sino de nosotros mismos» (8).

Pero la resolución de Bolívar era irrevocable. El 22 de junio contestando la carta del protector, le decía: «V. E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria, no mezclándose en Guayaquil como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del continente. La conducta del gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V. E., pero, al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción que ha retardado el éxito de la

(8) Arbitraje de límites entre el Perú y el Ecuador.

guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta que es el azote del pueblo de Guayaquil, y no el órgano de su voluntad.

«Es V. E. muy digno de la gratitud de Colombia al estampar V. E. su sentimiento de desaprobación por la independencia provincial de Guayaquil, que en política es un absurdo y en guerra no es más que un reto entre Colombia y el Perú. Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república; pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil, porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sabias leyes».

«Mas, dejando aparte toda discusión política, V. E. con el tono noble y generoso que corresponde al jefe de un gran pueblo, me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros estados, sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente. Esta conducta magnánima por parte del Protector del Perú, fué siempre esperada por mí. No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional, que unida de corazón, de interés y de gloria, no fija sus ojos sobre las pequeñas manchas de la revolución sino que eleva sus miras sobre los más remotos siglos y contempla con gozo generaciones libres, dichosas y abnegadas en todos los bienes que el cielo distribuye a la tierra, bendiciendo la mano de sus protectores y libertadores. La entrevista que V. E. se ha servido ofrecerme, yo la deseo con mortal impaciencia, y la espero con tanta seguridad, como ofrecida por V. E.» (9).

Dos días más tarde escribía a Santander: «He prometido mandar tropas al Perú, siempre que Guayaquil se someta, y no

(9) Lecuna, Cartas del Libertador, T. III, p. 50.

nos dé más cuidados. Con este objeto vamos todos a Guayaquil, como Ud. lo verá, por el oficio al Presidente de aquella Junta; pero Dios sabe lo que será, porque aunque el paso es laudable, tiene demasiada osadía para no envolver peligros. Me propongo, a la cabeza del ejército aliado, entrar en Guayaquil y transigir los negocios de Colombia o con el gobierno o con el pueblo, que se dice generalmente adicto a nosotros. Renunciar a Guayaquil es imposible, porque sería más útil renunciar al departamento de Quito. Además de ser contagioso el ejemplo inicuo e impolítico de Guayaquil, su territorio está enclavado en nuestra frontera por el sur: está protegido por el Perú, que tiene a sus órdenes todos los militares del sur de América, y que es rico, y por consiguiente, capaz de mantener muchas tropas. El país de las fronteras con el Perú, es afeminado y nada militar. Pasto es enemigo de los colombianos, y además terrible. Popayán ya no puede resistir grandes guarniciones, y sus contornos son guerrilleros y enemigos, tiene Ud., en fin, que el momento de hacer prueba de nuestras fuerzas y de nuestra fortuna es éste, para no vernos relegados del otro lado de los Andes en los llanos de Neiva. El prestigio en favor de Colombia es grande por su gloria militar, por la sabiduría de sus leyes y por la regularidad del gobierno. Nuestros contrarios creo que carecen de gran parte de estas ventajas y así no vacilo en intentar la incorporación de Guayaquil a Colombia » (10).

El 11 de julio de 1822 Bolívar ocupó con su ejército la ciudad de Guayaquil, y dos días más tarde, lanzó la siguiente proclama, en la cual, respetando en la forma la exigencia de San Martín, en la práctica incorporaba el departamento a la república de Colombia: «Su E. el Libertador de Colombia, para salvar al pueblo de Guayaquil de la espantosa anarquía en que se halla y evitar sus funestas consecuencias, acoge, oyendo el clamor general, bajo la protección de la república de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose S. E. del mando político y militar

(10) Lecuna, Cartas del Libertador, T. III, p. 45.

de esta ciudad y de su provincia: sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo, para emitir franca y espontáneamente su voluntad, en la próxima congregación de su representación» (11).

3. LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Mientras se desarrollaban en Guayaquil los acontecimientos que hemos referido, San Martín se disponía a dirigirse a Quito, a fin de tener la entrevista con Bolívar, que las actividades militares del último le había obligado a aplazar a comienzos del año. Contestando la carta de 17 de junio de 1822, en la cual el Libertador le comunica las victorias de Bomboná y de Pichincha, le escribió el 13 de julio felicitándolo y le agrega:

«Los triunfos de Bomboná y Pichincha, han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos estados. Yo miro bajo este doble aspecto, la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos y felicito a V. E. por la gloria que le resulta al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia».

«V. E. ha consumado la obra que emprendió con heroísmo, y los bravos que tantas veces ha conducido a la victoria, tienen que renunciar a la esperanza de aumentar los laureles de que se han coronado en su patria, si no los buscan fuera de ella. El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieren obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente».

«Yo acepto la oferta generosa que V. E. se sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado: el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes

(11) Espejo, Recuerdos Históricos, p. 77.

de la fortuna: espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuído a plantar el pabellón de la República en el sur de su vasto territorio».

«Ansioso de cumplir mis deseos, frustrados en el mes de febrero por las circunstancias que concurrieron entonces, pienso no deferirlos por más tiempo: es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Antes del 18 saldré del puerto del Callao y apenas desembarque en el de Guayaquil marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento: nos veremos y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos» (12).

Bolívar, que, como hemos visto, estaba en Guayaquil y que había consumado la anexión del departamento a Colombia, le escribía con fecha 25 de julio: «Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a Ud. por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a Ud. y este nombre será el solo que debe guardarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y opinión: así yo me doy la enhorabuena porque Ud. me ha honrado con la expresión de su afecto».

«Tan sensible me será el que Ud., no venga a esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, Ud. no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que Ud. venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar? No es posible, respetable amigo, yo espero a Ud. y también iré a encontrarle dondequiera que Ud.

(12) Espejo, Recuerdos Históricos, p. 39 y 40.

tenga la bondad de esperarme: pero sin desistir de que Ud. nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como Ud., dice, son bastantes para tratar entre militares, pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por la opinión, sólo por la fama» (13).

En los momentos en que Bolívar concluía de redactar esta misiva, le avisaron que se divisaba frente al puerto la goleta Macedonia, que conducía al general San Martín. La visita, aunque anunciada, le cogió de sorpresa, pues no la aguardaba tan pronto. Redactó una carta de bienvenida, y empezó a suplir con actividad febril la falta de tiempo para disponer el magnífico recibimiento que pensaba tributar al Protector. El coronel don Rufino Guido desembarcó con un mensaje de este último, en el cual, junto con presentarle sus respetos, le anunciaba que al día siguiente tendría el honor de hacerle una visita. Según Guido, Bolívar habría respondido «que estimaba mucho la atención y el anuncio de la visita, que podría haber excusado, pues el ansiaba por verlo; que inmediatamente iba a mandar dos ayudantes que le encontrasen en su camino a darle la bienvenida en su nombre y que le acompañaran hasta el puerto».

San Martín desembarcó en la mañana del día 26 por el muelle que enfrentaba a la lujosa casa del español Luzurraga, donde se le había preparado hospedaje. Le acompañaban el almirante Blanco Encalada, el general La Mar, el coronel Rojas, Salazar, y sus edecanes, los coroneles Rufino Guido y Salvador Soyer, con una escolta de 25 húsares. Un batallón de infantería le rindió los honores de jefe supremo de la república del Perú.

Bolívar, vestido de gala y rodeado de su estado mayor, le aguardaba en el suntuoso vestíbulo del palacio de Luzurraga. El Libertador, adelantándose, le estrechó la mano, y al mismo tiempo que le decía: «Al fin se cumplieron mis deseos de conocer

(13) Lecuna, Cartas del Libertador, T. III, p. 56.

y estrechar la mano del renombrado general San Martín. Este, declinando cortésmente los exagerados epítetos del Libertador, le agradeció el recibimiento y el hospedaje con que le honraba y le expresó el placer que sentía de conocerlo personalmente. Tomaron asiento en el salón de honor y allí le presentó Bolívar a sus generales. En esos mismos momentos, llegaban las diversas corporaciones de la ciudad a saludar al ilustre huésped.

A la bienvenida de las corporaciones, se siguió la de las damas de Guayaquil. Una de ellas le dirigió breves palabras y en seguida una bella jovencita le colocó en las sienes, en nombre de Colombia, una corona de hojas de laurel de oro esmaltado. El general se la quitó de la cabeza y, dirigiéndose a la niña que se la cñera, le dijo cariñosamente que el no merecía semejante honor, habiendo otros cuyos méritos estaban por encima de los suyos; pero que la conservaría como recuerdo de uno de los días más felices de su vida, por venir de quien venía y por el sentimiento que había inspirado el obsequio.

Concluidas las ceremonias, San Martín y Bolívar tuvieron una conferencia de hora y media, a puertas cerradas, sin secretarios, edecanes, ni testigo alguno. Terminada la entrevista, Bolívar se dirigió a su casa. Las aclamaciones del pueblo, agolpado a las puertas del palacio, le obligaron a salir al balcón y a dirigirle algunas frases de simpatía y de agradecimiento. Más tarde, retribuyó al Libertador su visita con otra meramente protocolaria, que duró media hora.

Al día siguiente 27, por la mañana, dispuso que se arreglase en la Macedonia su equipaje y la escolta, para zarpar a las 11 de la noche. A la 1 del día se encaminó al domicilio de Bolívar y tuvo con él una segunda conferencia de casi cuatro horas, a puertas cerradas, como la anterior.

Nadie, absolutamente nadie, asistió a las conferencias ni oyó lo que en ellas trataron el Protector y el Libertador. Sin embargo, años más tarde, el general Tomás Cipriano de Mosquera, secretario y ayudante de campo del Libertador, por un

fenómeno de autosugestión, cuyo proceso se puede seguir a través de sus distintas publicaciones, tomando pie de la lectura de la Memoria de Pérez y de los que oyó a Bolívar, acabó por creer, primero, que estaba impuesto de todo lo que trataron el Protector y el Libertador; y, andando el tiempo, a medida que desaparecía el control cerebral de su fantasía, que nunca fué muy sólido, concluyó por afirmar que había asistido a parte de las conferencias. Algunos investigadores, demasiado ajenos a la psicología para percatarse del vulgar y frecuente fenómeno, han comulgado con esta rueda de carreta.

A las 5 P. M., San Martín y Bolívar abrieron la puerta, y pasaron al comedor en que se servía el suntuoso banquete con que el segundo festejaba a su huésped. Según el coronel Rufino Guido, al llegar el momento de los brindis, Bolívar pronunció de pie estas palabras: «Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del sur, el general San Martín y yo». San Martín le habría contestado con un brindis: «Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador».

La mesa se levantó a las 7 P. M. San Martín descansó dos horas en su casa; y a las nueve llegó al gran salón donde se daba el baile de gala que la municipalidad ofrecía en su honor. Bolívar le esperaba rodeado de sus oficiales. El Protector no bailó, y se mantuvo en actitud taciturna hasta la una de la madrugada. A esa hora expresó el deseo de embarcarse. Bolívar le acompañó hasta el bote, que tomó a las dos de la mañana. La goleta levó anclas en el acto. Se detuvo en la Puna, para desembarcar a los militares colombianos que le habían acompañado y siguió viaje al Callao. «A las dos de la mañana del siguiente día—dice en la carta de 19 de abril de 1827 al general Miller—me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad; mi estadía en Guayaquil no fué más que de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba».

Al término de la segunda conferencia, habría manifestado a Bolívar, delante del almirante Blanco Encalada, su resolución de retirarse del Perú. En la carta a Miller, ya citada, dice: «Al siguiente día y en presencia del vicealmirante Blanco dije al Libertador que, habiendo dejado convocado al congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: «ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de América».

4. LO TRATADO EN LAS CONFERENCIAS SECRETAS ENTRE EL LIBERTADOR Y EL PROTECTOR

San Martín se propuso guardar una reserva impenetrable sobre los asuntos tratados en la conferencia de Guayaquil. En la carta a Bolívar de 29 de agosto de 1822, que en el párrafo siguiente transcribiremos íntegra, le dice: «Los sentimientos que expresa esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio: si ellos llegaran a conocerse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos, para soplar la discordia». Dado el carácter de San Martín, no le costó gran esfuerzo, no sólo guardar reserva impenetrable, sino aún cubrir lo ocurrido con apariencias que habrían engañado momentáneamente a la opinión hispano-americana, si Bolívar hubiera seguido el mismo camino. Pero el Libertador dictó a su secretario general José Gabriel Pérez, el 29 de julio, o sea dos días después de las conferencias, una memoria dirigida al secretario de relaciones exteriores de Colombia, sobre lo tratado en ellas. Este documento, que se divulgó desde el primer instante entre los militares y los funcionarios colombianos y que se envió en extracto a Sucre, revela, a primera vista, una versión tendenciosa de la conferencia encaminada a deprimir y aún a ridiculizar a San Martín. Es difícil comprender como algunos historiadores del siglo XIX pudieron acogerlo sin

confrontar su contenido con la demás correspondencia del propio Bolívar y con la carta de San Martín al Libertador, que Lafond de Luray publicó en 1843. Esta confrontación se imponía tanto más, cuanto no ignoraban que una de las armas favoritas de Bolívar era la correspondencia apócrifa o falseada, que siempre empleó sin reato alguno de conciencia, para disimular sus propósitos, o para intimidar a sus adversarios..

Por vía de muestra reproducimos uno de los pocos párrafos que encierran un ligero fondo de verdad, el que se refiere a la cautela y reserva con que el Protector inició la entrevista, «Poco después de llegado a su casa—dice—no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas, sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S. E. no se inclina a creer que el espíritu del Protector sea de este carácter, aunque tampoco le parece que estudiaba mucho sus discursos y modales» (14).

San Martín, que siempre «rehusó los datos y hasta el permiso de refutar a nadie en provecho de su celebridad» (Alberdi), tal vez impuesto por referencias de la Memoria dictada por Bolívar a Pérez suministró algunos datos a Gabriel Lafond de Lurcy, distinguido jefe de la armada francesa, que había servido como oficial de la marina peruana, que éste utilizó en su obra *Voyages autour du monde*, impresa en París en 1843. Los documentos publicados por este marino y otros que aparecieron posteriormente, permitían reconstituir en líneas generales lo tratado entre el Libertador y el Protector en las dos conferencias, y las actitudes de ambos. Pero la verdad histórica se estrelló entre dos escollos insalvables. Los sentimientos predominaban

(14) Lecuna, *Cartas del Libertador*, T. III, p. 61.

en los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX, salvo contadas excepciones, con tal fuerza, que se interponían como un tabique entre el escritor y la verdad: todos eran bolivarianos o sanmartinianos. Y los pocos investigadores que, como Barros Arana, se mantuvieron al margen de los dos bandos, eran de tan escasa sensibilidad cerebral, que sólo lograron captar los contornos externos más definidos. El fondo psicológico profundo del fracaso de la entrevista de Guayaquil, se les escapó enteramente.

Para reconstituir el desarrollo y el desenlace de la conferencia, es necesario fijar previamente los propósitos del Protector y del Libertador, tal como se nos prepresentan a través de sus escritos, de sus palabras y, sobre todo, de sus actos; y concordarlos con los documentos de primera mano: la Memoria de Pérez, los datos de San Martín a Lafond y las cartas cambiadas entre los protagonistas o dirigidos por ellos a terceros, que se relacionan con la entrevista.

Se ha dicho con profunda exactitud que San Martín, más que un hombre, fué una misión, o si se prefiere, el apóstol desinteresado de un ideal: la independencia de la América del sur. La llama que ardía en su sangre se alimentaba a sí misma, sin necesidad de quemar los combustibles de la gloria, de la celebridad, de los honores ni de ninguna de las formas corrientes de la grandeza humana. Fué un raro; pero no el único raro de este corte que produjo el alma española. Diez años más tarde el poderoso genio político de Portales va a exteriorizar la misma estructura psicológica. Para él lo fundamental era el auxilio de la totalidad de las fuerzas colombianas, a fin de concluir la guerra en pocos meses, antes que Colombia y el Perú se agotaran más; y poder renunciar el mando, para regresar a Europa, dejando cumplida su misión. Pero panageristas y detractores, casi invariablemente han eludido subrayar otros dos factores que, también, pesaron en el desenlace de las conferencias de Guayaquil. La poderosa voluntad vencedora de dificultades que San Martín exteriorizó en Mendoza, estaba ya lesionada por el uso del opio con que su

médico combatía los dolores al músculo gástrico y las hemorragias, que hoy se nos representan como de origen nervioso. Sentía necesidad de reposo; quería concluir cuanto antes su misión y retirarse a la vida privada. Hacia esta misma fecha, la experiencia política hispanoamericana, imponiéndose a su cerebro sensato y realista, había asestado una recia puñalada al ideal que quemaba su sangre. Los pueblos hispanoamericanos eran incapaces de gobernarse dentro de la forma republicana, ni de tolerar una dictadura personal seria, progresista, animada por ideales éticos elevados. Las mismas dictaduras criollas, buenas o malas, aún no lograban asentarse. Santa Cruz, Rozas, Rocafuerte, Díaz, etc., son posteriores. Europeo que sentía en su sangre la necesidad del orden y de la civilización y destituído de genio político, se había plegado, como hemos visto, al propósito, general entre los hombres de más valer en ese momento, de implantar la forma monárquica de gobierno, en las distintas secciones de América. Pero se había plegado sin entusiasmo. En carta a Guido, le decía estas palabras: «por inclinación y principios amo el gobierno republicano y nadie, nadie lo es más que yo. Pero mi afec- ción particular no me ha impedido ver que este gobierno no era realizable en América, sino pasando por el alambique de una «espantosa anarquía» (15). A esta antipatía doctrinaria por el régimen monárquico, se unía el convencimiento de que, aunque más adecuado que el republicano para el estado social y la idiosincrasia de los pueblos hispanoamericanos, su implantación, que al principio creyó fácil, era en realidad difícil. Su cerebro realista había tomado nota de las resistencias que despertaba en Argentina, en Chile y en parte de la opinión peruana. Como pronto vamos a ver, los demás asuntos que se trataron en las conferencias, eran a su juicio, secundarios. La importancia que adquirió a sus ojos la incorporación de Guayaquil a Colombia, no proce-

(15) Documentos del Archivo de San Martín, T. VI, p. 513.

día del hecho mismo, sino de la luz que proyectaba sobre el fondo moral de Bolívar.

Al revés de lo que ocurría en San Martín, el impulso libertador en Bolívar fué, desde el primer momento, indisoluble de su sed de gloria, de poderío y de mando; y estas ansias, sobreexcitadas por su deslumbrante carrera de triunfos, en los momentos en que se celebraron las conferencias, habían provocado un verdadero trastorno intelectual y moral. En esos instantes, se sentía de una naturaleza superior a la humana; su vértigo de grandeza se asfixiaba en el marco, estrecho para él, de Colombia. Aspiraba a irradiar sobre el mundo, desde la cumbre del Chimborazo, como el redentor de un continente. Antes de diez años, dirá que aró en el mar; y profetizará que los países hispanoamericanos están condenados indefectiblemente a caer «en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad». (Blanco Fombona). Pero en esos momentos creía que su prestigio podía regir, a lo menos de por vida, a los pueblos que su espada libertara. Su pensamiento fijo era extender la epopeya libertadora al Perú y a Bolivia; organizar la gran confederación de los pueblos hispanoamericanos; e imponerles su presidencia vitalicia, dentro de un régimen autocrático, disimulado por la forma republicana.

Además de la psicología de ambos protagonistas y de sus ambiciones y propósitos, la reconstitución de la conferencia de Guayaquil tiene que ser encuadrada dentro del hecho de que el concepto de Bolívar sobre la situación de San Martín, había variado fundamentalmente. Por la vergonzosa derrota de Ica y por los informes que le transmitía su agente en Lima estaba impuesto de la absoluta impotencia de las fuerzas del Protector para desalojar del Perú a los españoles. Conocía también, la descomposición política, que se ocultaba bajo la capa de las resistencias a Monteagudo. Más aún, si no mienten sus edecanes y secretarios, estaba impuesto de la asonada que debía estallar

en ausencia del Protector. En resumen, sabía ahora que San Martín había fracasado, y que no le quedaba otra esperanza que el concurso colombiano. Estaba pues, en situación de imponer a su rival las condiciones que juzgara convenientes, o de aguardar que se alejara del Perú, y los peruanos se echaran en sus brazos.

Otra piedra angular en la reconstitución de las conferencias es el hecho preterido de que San Martín y Bolívar, ambos conocedores de hombres, aun se ignoraban. El primero era inaprehensible a la distancia; y el segundo sólo exteriorizó después de Pichincha el vértigo de gloria y de grandeza que le produjo el éxito. Ambos deseaban estudiarse, y ambos presentían que de la entrevista iban a salir unidos en un gran propósito o irreparablemente divorciados, en cuanto libertadores, más que en cuanto hombres. Especialmente el Protector, llevaba como primer número de su programa el propósito de darse cuenta del carácter y de las aspiraciones de Bolívar, base incluíble para decidir sobre las posibilidades de actuar unidos.

Antes de entrevistarse, ya San Martín estaba profundamente desilusionado por la doblez que creía haber advertido en la conducta de Bolívar en el asunto de Guayaquil. No es efectivo, como han afirmado la mayoría de los historiadores, forzando el sentido de algunos reproches póstumos, que fuera ésta una divergencia insalvable. Que este departamento se anexara al Perú o a Colombia, o que continuara independiente, era para el Protector cuestión secundaria delante del problema capital: el término victorioso de la guerra de la independencia. Lafond refleja con fidelidad su verdadero pensamiento. Pero juzgando al Libertador por su conducta en el desenlace de la disputa por Guayaquil, se le representó como un hombre falso, solapado e intrigante, del cual no podía esperar cooperación desinteresada para la causa de la independencia peruana. Inició, pues la entrevista con la conciencia de que iba a enfrentarse con un gobernante que lo miraba como un rival y cuyo deseo, seguramente, era eliminarlo en vez de cooperar con él en el afianzamiento de la eman-

cipación de la América española. Hasta donde es posible presumir la verdad, como afirma Bolívar, su primera actitud fué de retraimiento. Habló superficialmente y con versatilidad, pero sin soltar prenda, mientras escrutaba el fondo recóndito del alma del Libertador, a través de sus ojos esquivos. Parece que el ambiente peruano había desarrollado en San Martín este recurso defensivo. A lo menos, meses más tarde, lo empleó frente a María Graham, a quien sabía admiradora de Lord Cochrane, su enemigo mortal.

Bolívar, por su lado, captó no sólo el fondo de la actitud de San Martín, sino el objeto de la cháchara con que lo encubría. Repetimos el párrafo pertinente de la Memoria de Pérez: «Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S. E. no se inclina a creer que el espíritu del protector sea de este carácter». Comprendió a primera vista que San Martín no se prestaba para captarlo como satélite en la órbita planetaria de su radiante sol de Libertador; y decidió eliminarlo del Perú, por el cansancio o por el fracaso, y obligar al propio Protector o a sus sucesores a solicitar su concurso sin San Martín ni condiciones. Este propósito, más o menos vedado, aparece a cada momento en su correspondencia. Al comunicar a Santander el alejamiento de San Martín y sus peligros para la causa de la independencia, le añade: «aunque también es verdad que nuestra Gran Colombia obtendrá mayores ventajas, pues creo factible de realizar mi proyecto de confederación general, que es lo que más conviene a los pueblos de la América del Sur; además Guayaquil ha quedado definitivamente incorporado a Colombia, no sólo por ser la voluntad de sus ciudadanos sino también, porque el Perú querrá evitar en estos momentos todo conflicto exterior que agrave más su propia causa» (Carta de 13 de octubre de 1822).

Parece que, después de alguna hesitación, San Martín, ya interiormente resuelto a eliminarse en aras de la independencia

de la América española, intentó alcanzar por la franqueza y el renunciamiento lo que no podían obtener ni la astucia ni el *do ut des*. A fin de decidir a Bolívar a continuar inmediatamente al Perú con el grueso de sus fuerzas, vació sin reservas el fondo de su pensamiento y le suministró lealmente todos los datos necesarios para apreciar la verdadera situación militar en el virreinato. Le expuso que, a su juicio, «sean cuales fueran las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable». Pero era un error creer que se podía alcanzar pronto por la acción aislada de los ejércitos peruanos o colombianos. Las fuerzas realistas en el alto y en el bajo Perú, montan a 19,000 hombres, mientras que el ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podía poner en línea más de 8,500 y de estos una gran parte reclutas. La prolongación de la guerra, aunque en definitiva la coronara la independencia, atraerá la ruina de sus pueblos (los hispanoamericanos) y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males». Para alcanzar una solución rápida era ineludible combinar el grueso de las fuerzas de Colombia con las chilena-argentina-peruanas que formaban su ejército. A fin de concertar la actuación de ambos le ofreció colocarse bajo sus órdenes. «Para mí—le dice—hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del sur debe su libertad». Concluida la guerra o después de la primera victoria, renunciaría al mando y se iría a Europa. Ya a principios de 1822 había comunicado a O'Higgins su propósito de retirarse a la vida privada. Utilizando su mayor conocimiento de la situación militar del Perú, le expuso, también, su plan de campaña combinado, sobre el interior y los puertos intermedios. Se habló seguramente del problema de la anarquía, que San Martín radicaba, casi exclusivamente, en la incongruencia entre la forma republicana de gobierno y las aptitudes de los pueblos hispanoamericanos. Anticipándose a lo que Bolívar debía ver diez años más tarde, estimaba, como hemos visto,

que tanto las democracias como las dictaduras personales eran incapaces de mantener el orden. El remedio teórico era, a su juicio, la monarquía constitucional; pero no se le ocultaban las resistencias que despertaba su implantación. La creía posible en el Perú, a pesar de la oposición de la mayoría de los juristas y de los intelectuales. Nada dijo sobre la forma de gobierno en Colombia. Argentina era republicana y sólo cabría aguardar que solucionara sola sus asuntos interiores. En Chile, O'Higgins había logrado consolidar un gobierno serio y respetado.

Contrariamente a lo afirmado por Bolívar en la memoria que dictó a Pérez, San Martín, lejos de aplaudir la idea de la federación «como la base esencial de nuestra existencia», no sólo se mostró escéptico sobre sus ventajas, sino que parece que le representó las resistencias que despertaba en las Provincias Unidas.

Los demás temas, que han sido señalados como objetivos fundamentales de la entrevista, la disputa por Guayaquil, el reemplazo de las bajas de la división de Santa Cruz, los arreglos financieros, etc. según se desprende de las cartas, apenas se tocaron, o sólo los esgrimió Bolívar como recursos para eludir el acuerdo.

Hemos visto que Bolívar se percató, en el acto, de la imposibilidad de hacer de San Martín un satélite análogo a Sucre. Con razón o sin ella, creyó que, incorporándolo a su órbita, iba a añadir una complicación más a las muchas que ya tenía activas o latentes. El brusco cambio del Protector, el paso de la reserva y la desconfianza a la franqueza y la entrega incondicional, no modificaron su actitud. «No contestó a mis propuestas, sino con evasivas», dijo San Martín a Lafond. Rebatió el propósito del Protector de establecer una monarquía en el Perú; declinó, por delicadeza, el ofrecimiento de ponerse bajo sus órdenes; le hizo presente que el congreso no le permitiría abandonar el territorio de Colombia; y finalmente, que en el terreno militar sólo podía auxiliarlo con la reposición de las bajas de las fuerzas peruanas

de Santa Cruz y con tres batallones colombianos. Era el retorno del auxilio prestado por San Martín a Sucre.

El Protector salió de la segunda conferencia, no sólo convencido de que Bolívar y él no podían actuar unidos y de que la independencia de América exigía la eliminación suya, sino también profundamente disilusionado de la personalidad moral del Libertador. El 20 de agosto de 1822, junto con llegar a Lima, decía al general don Luis de la Cruz: «Amigo, escriba Ud. a nuestro amigo O'Higgins, ante todas las cosas, en primera oportunidad, que el Libertador Bolívar no es como nos pensábamos» En carta a Miller de 19 de abril de 1827, su duro concepto sobre la personalidad moral del Libertador estalla con violencia. Con motivo de la afirmación atribuída a Bolívar sobre las ambiciones monárquicas de San Martín, le dice: «Si, como no dudo (y esto sólo porque me lo asegura el general Miller) el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo, que, lejos de ser un caballero, sólo merece el nombre de un insigne impostor y despreciable pillo» (16). Mientras en los documentos oficiales, le tributa alabanzas, en la intimidad, sin negarle su genio de caudillo, lo calificaba de desequilibrado, de petulante y de ambicioso, poseído por una vanidad pueril y ridícula. Sus temperamentos, sus caracteres y sus estructuras morales, muy divergentes, habían chocado con violencia. No estará de más recordar que Portales, cuya estructura moral tenía los mismos rasgos de la de San Martín, transportados al terreno político, profesó un desprecio insultante por Bolívar, con quien no se conoció ni rozó.

La reacción de Bolívar fué ficticiamente despectiva. A pesar de sentirse a cien codos de altura sobre el Protector, en cuanto caudillo y general, le quedó clavado, como una espina molesta, su gesto de desprendimiento. Procuró desahogar la irritación apocándolo y ridiculizándolo, sin perjuicio de reconocer ocasio-

(16) Museo Histórico Nacional. San Martín, su correspondencia. T. . . p. 72.

nalmente en su correspondencia que era un hombre superior. En los colombianos de espíritu vulgar había demasiada oposición entre sus temperamentos y caracteres criollos y tropicales y la personalidad netamente europea del Protector, para que pudieran simpatizar con ella. (17).

5. EPÍLOGO EPISTOLAR Y MÓVILES A QUE OBEDECIÓ EL ALEJAMIENTO DE SAN MARTÍN

La entrevista de Guayaquil tuvo un breve epílogo epistolar que merece ser reproducido.

El 23 de agosto de 1822, o sea tres días después de regresar a Lima, San Martín dirigió una carta a Bolívar, que amplió el 29 del mismo mes. El texto de esta última, en la cual le confirma su resolución de alejarse del Perú, es el siguiente: «Querido general: Dije a Ud. en mi última del 23 del corriente que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribir a usted con la extensión que deseaba: al verificarlo ahora, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América. Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra: desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con la fuerza de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría el mandarme, y aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida estaba usted seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, per-

(17) Memoria de Pérez: cartas de Bolívar de 29 de julio y de 13 de octubre de 1822 a Santander; cartas de San Martín a Bolívar de 29 de agosto, carta de don Luis de la Cruz a O'Higgins de 22 de agosto de 1822; carta de San Martín a Miller de 19 de abril de 1827; carta de Pérez a Sucre.

mítame usted, general, le diga, no me han parecido bien plausibles: la primera se refuta por sí misma, la segunda, estoy muy persuadido que la menor insinuación de usted al congreso sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo, cuanto que se trata con la cooperación de usted y la del ejército de su mando, finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos empeñados; y el alto honor que tanto usted como la república que preside, reportarían en su terminación. No se haga usted ilusión, general: las noticias que usted tiene de las fuerzas realistas son equivocadas: ellas montan en el alto y bajo Perú a más de 19,000 veteranos, las que se pueden reunirse en término de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea a lo más 8,500 hombres, y de éstos una gran parte reclutas: la división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. Los 1,400 colombianos que usted envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao, y el orden de Lima; por consiguiente sin el apoyo del ejército de su mando, la expedición que se prepara para Intermedios, no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse, si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente la lucha continuará por un tiempo indefinido, porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males. En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al

Perú con el ejército de su mando: para mi hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur, debe su libertad: el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse. No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa petición, antes de partir remitiré a usted una carta de todos los jefes cuya conducta militar y privada, puede ser a usted de utilidad su conocimiento. El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas: su honradez, coraje y conocimientos estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración. Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia: permítame usted, general, le diga, que creo no era a nosotros a quien pertenecía decidir este importante asunto: concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América. He hablado a usted con franqueza, general, pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio: si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos, para soplar la discordia. Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que ofrecí a usted en Guayaquil: admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores: con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor» (18).

El alejamiento de San Martín fué, pues, determinado por el convencimiento de que los elementos de que disponía no bastaban para alcanzar la independencia del Perú; y de que, dados

(18) Espejo, Recuerdos Históricos, p. 149 a 153.

el carácter de Bolívar, su vértigo de grandeza y sus quiméricos proyectos, la cooperación entre ambos era imposible. Veinte y seis años más tarde, rememorando desde el ocaso de su larga vida, su ardua y ya lejana acción libertadora, dijo: «Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el día de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y mi reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) de los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podría calcular y que no está al alcance de todos el poderlos apreciar». (Carta a Castilla de 11 de septiembre de 1848).

Pero, como ya lo adelantamos, influyeron también en su resolución, en una medida mayor de la que generalmente se concede, la decadencia de su admirable voluntad vencedora de dificultades; la desmoralización que produjo en él el espectáculo de la anarquía hispanoamericana, y su repugnancia por el carácter y por la fisonomía moral de Bolívar.

Los resultados del alejamiento de San Martín fueron fatales para la causa de la independencia. Una guerra que debió concluir en tres meses, si Bolívar, en vez de detener el impulso de sus fuerzas, pasa al Perú inmediatamente después de la entrevista de Guayaquil, iba a prolongarse por dos años. El propio Bolívar pronto se dió cuenta de las gravísimas consecuencias del fracaso de la entrevista de Guayaquil, sobre todo después de oír el informe de Heres sobre las tropas realistas del Perú. En carta a Santander de 13 de septiembre de 1822, al comunicarle la impresión de ese general, le expresa su temor de que se produzca una desgracia en el Perú y le añade: «Yo estoy resuelto a tomar entonces las medidas más terribles a fin de levantar 8 ó 10,000 hombres, mantenerlos, vestirlos, equiparlos y embarcarlos, si los godos no viniesen a buscarnos. Tenga Ud. entendido que después

de todos estos sacrificios que serán inmensos y crueles, no habremos hecho más que empezar una débil defensa; pues seremos siempre inferiores a los enemigos en número y calidad y, por consiguiente, quedamos expuestos a los reveses más dolorosos. Por estas consideraciones, yo creo que el poder ejecutivo debe hacer cuanto esté a su alcance para no exponer por esta parte la suerte de la república. Yo creo que todo nos queda por hacer, si San Martín no triunfa en el Perú» (19).

(19) Después de escrito el presente estudio, el Exmo. señor don Eduardo L. Colombres Marmol, ex Embajador argentino en Lima, publicó un libro intitulado «San Martín y Bolívar en la Entrevista de Guayaquil». En él inserta dos cartas de Bolívar a San Martín, de 25 de agosto y de 27 de septiembre de 1822, dos de San Martín a Bolívar, de 10 de septiembre de 1822 y de 28 de mayo de 1827. Las tres primeras se relacionan con la entrevista de Guayaquil, y la última es una carta de consejos políticos del Protector al Libertador. Contrariamente a lo afirmado por el eminente profesor señor Rómulo D. Cár-bia, la buena fe y la inexperiencia histórica del Exmo. señor Colombres Marmol, han sido sorprendidas por una burda superchería. Le habría bastado confrontar el contenido de las cartas que se suponen aparecidas en Lima, con la correspondencia auténtica de ambos próceres para convencerse de la jugarreta de que ha sido objeto. La única de las cuatro cartas que, verosímilmente pudo aparecer en Lima es la de 28 de mayo de 1827. Y se juzgará de su autenticidad por la contradicción que vamos a apuntar. En esta carta se hace decir a San Martín: «Fué así como al enterarme de la gloriosa batalla de Ayacucho que libertó a la América del predominio español, me apresuré a escribir a V. E.», o sea a Bolívar. Entre tanto, dos años después de la batalla de Ayacucho, el 18 de diciembre de 1826, San Martín escribía a Guido: «Yo no encuentro pueda ser otro el motivo de su queja, que el de no haberle vuelto a escribir desde mi salida de América, y francamente diré a Ud. que el no haberlo hecho, ha sido por un exceso de delicadeza, o llámelo Ud. orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el Congreso del Perú y hallándose él mandando aquel estado, me persuadí que el continuar escribiéndole se creería por miras de interés, con tanto más motivo, si lo hubiera hecho después de sus últimos triunfos». (Archivo de San Martín, T. VI p. 503).

San Martín, sin variar de concepto sobre la personalidad moral de Bolívar y sobre los peligros de su ambición y de sus planes políticos, no escatimó su admiración al genio del caudillo. En 1839 decía a Lafond de Lurcy: «Es el hombre más extraordinario que ha producido la América del Sur». Su mismo duro juicio sobre el fondo moral del caudillo nunca se rebajó al nivel de un vulgar resentimiento personal.